

La intrahistoria de una revista democrática en la última década del franquismo

The story of a democratic magazine in the last decade of franco's regime

En un chalet del residencial barrio madrileño de El Viso se llevó a cabo una de las más apasionantes aventuras periodísticas de los últimos años del franquismo. En su interior se fraguó una continua lucha por la democracia, plasmada en una publicación con un sugerente título, Cuadernos para el Diálogo. En ella participaron personalidades de todo signo bajo una meta común, la libertad. La revista se convirtió en el emblema de toda una generación de demócratas capitaneados por Joaquín Ruiz-Giménez. Esta investigación analiza las etapas y vicisitudes de Cuadernos durante su trayectoria primero como revista mensual de ensayo (1963-1976), y después como semanario de información general (1976-1978).

One of the most exciting episodes in Spanish journalism took place in a detached house at the residential neighbourhood of El Viso in Madrid. There, a continuous struggle for democracy was shaped, and led to a publication with a suggestive title: Cuadernos para el Diálogo. Different personalities collaborated on it with a unique goal: freedom. The magazine became an emblem for a whole generation of democrats that were led by Joaquín Ruiz-Giménez. This paper analyzes Cuadernos stages and changes; along its life trajectory, as an intellectual monthly magazine first (1963-1976), as a general information weekly afterwards (1976-1978).

Palabras clave: Prensa- Historia- censura- franquismo- Transición Española

Key Words: Press- History- censorship- Franquismo- Spanish Transition

1. Una aventura periodística en el tardofranquismo

“Lo han leído ya el Rey, el presidente Suárez, cuatro ministros y el cardenal Tarancón; ha pasado por tres Facultades de Derecho de Madrid y Barcelona, por el palacio de la Generalitat y está en un armario de la Redacción de Mundo Obrero. ¿Por qué se le escamotea al resto de los españoles?” Hay unos segundos de silencio. Nuestra fuente informativa acaricia el borrador constitucional, titubea, nos mira y al fin dice: “Tomadlo, pero os van a echar los perros”.

Así comenzaba la crónica en la que tres periodistas de Cuadernos para el Diálogo explicaban cómo en la mañana del día 21 de octubre se hicieron con el borrador de la Constitución de 1978. Fotocopiaron el texto –con las hojas desordenadas y sin numerar

en una Rank Xerox del barrio de Atocha—, ya que la ‘gran fuente’ sólo disponía de un original. La operación de fotocopia les costó 585 pesetas, nada comparado con lo que se les avecinaba. Se comprometieron a dar al borrador la mayor difusión posible y a no tomarlo como una estricta exclusiva informativa. Así lo interpretó la dirección de Cuadernos al facilitar el texto a las agencias y diarios que fueran a buscarlo, con el número recién salido de máquinas y sin haber sido siquiera distribuido en los quioscos, de tal manera que la primicia fuese casi compartida por todos los medios. El País no lo dudó y publicó el texto el 23 de noviembre; Cuadernos lo hizo en el número correspondiente al 29 de dicho mes.

La difusión del borrador trajo consigo un enorme revuelo del que su entonces director, Pedro Altares, asumió la entera responsabilidad. Para éste, desde la perspectiva histórica, fue uno de los mayores éxitos de la revista. Sin embargo, fue acusado, incluso, de torpedear el sistema democrático por el que tanto habían luchado.

2. Orígenes y proceso de creación

Pero esta aventura intelectual y política comenzó 15 años antes, el 26 de octubre de 1963 cuando el primer número de Cuadernos para el Diálogo salió a la calle, con un precio de veinticinco pesetas, muy elevado para la época. La idea inicial de fundar una revista de talante democrático surgió a partir de 1956, cuando Joaquín Ruiz-Giménez dejó de ser ministro de Educación Nacional y regresó a su cátedra de Filosofía del Derecho en la Universidad de Salamanca. En esta Universidad puso en marcha una especie de revista

oral, Tiempo Nuevo, donde se trataban los problemas del momento desde un enfoque democrático, progresista y de raíces cristianas. Esa tribuna de problemas contemporáneos fue el antecedente de Cuadernos para el Diálogo.

En 1962 Ruiz-Giménez regresó de la Santa Sede, donde era perito en el Concilio Vaticano II, plenamente convencido de la necesidad de importar a España el espíritu conciliar tanto en el plano religioso como en el civil. El medio sería una publicación diseñada como referencia de un amplio abanico de puntos de vista. Ruiz-Giménez convocó a un reducido grupo para compartir con ellos su proyecto. A este núcleo inicial pertenecían las personas más próximas al ex ministro en su entorno universitario, coherentes con la significación del Movimiento Internacional de Intelectuales Católicos Pax Romana¹. En 1963 quedó constituida la Junta de Fundadores, entre cuyos miembros figuraban Joaquín Ruiz-Giménez, promotor además de director, José María Riaza, Antonio Menchaca, Mariano Aguilar Navarro, Gregorio Peces-Barba, Leopoldo Torres Boursault, Pedro Altares, Juan Luis Cebrián, Eduardo Cierco y Francisco Sintés. El Consejo de Redacción era muy amplio y plural, con nombres como, además de los citados, Elías Díaz, Javier Rupérez, Ignacio Camuñas, Julio Rodríguez

Aramberri, Valentín Clemente, Javier Gómez Navarro, José María Guelbenzu, José María Mohedano, Joaquín León, Rafael Arias-Salgado, Eugenio Nasarre, José Félix Tezanos, José García-Velasco, Antonio Truyol Serra, Roberto Mesa, Pablo Castellano, Rafael Martínez Alés, Jorge de Esteban o Félix Santos; y poco a poco se incorporaron más nombres que ampliaron el

El consejo de redacción era amplio y plural

espectro ideológico. La redacción de la revista se asentó en septiembre de 1968, después de seis mudanzas, en la residencial colonia de El Viso, en la calle Jarama 19. El chalet se convirtió en la emblemática sede de Cuadernos de donde ya no se movieron hasta su cierre.

Consideraron sustancial que la palabra diálogo formase parte de la cabecera

En mayo de 1964, la revista se configuró como empresa, bajo la fórmula de Sociedad Anónima, con un capital escriturado de un millón de pesetas suscrito a partes iguales por Ruiz-Giménez, Francisco Sintés, Antonio Menchaca, Mariano Aguilar Navarro y José María Riaza. Posteriormente, ampliaron al resto de personas interesadas en participar con pequeñas cantidades. El respaldo de un accionariado amplio, sin predominios, aseguraba la independencia necesaria para evitar cualquier intento de coacción. Joaquín Ruiz-Giménez se convirtió en presidente de la Sociedad. En total, 3.040 accionistas secundaron el proyecto, que incluía a casi la totalidad de los trabajadores y en el que nadie poseía más del 10% del capital.

Desde el primer momento, consideraron sustancial que la palabra diálogo formase parte de la cabecera, ya que, según su fundador, el propósito básico era “reconciliar en la medida de lo posible a todos los sectores españoles de espíritu democrático”². Desde el punto de vista estrictamente legal, la revista nació el 20 de septiembre de 1962, fecha en la que el Ministerio de Información y Turismo le concedió la autorización de publicación, solicitada algunas semanas antes por Ruiz-Giménez. Esta licencia se debió en gran medida a la ligera apertura del Ministerio de Información, con la llegada de Manuel Fraga. Pero, no hay que olvidar la influencia que todavía tenía su promotor en ciertos círculos franquistas. Como señala Riaza, “el más reducido

núcleo de ‘veteranos’ entre los fundadores desempeñó el papel de dotar la revista de una cierta ‘respetabilidad’ ante la Administración y ante determinados sectores de la sociedad que se mostraban desconfiados [...]” (Riaza, 1997: 27). En sus Memorias, Fraga reconoce que a Ruiz-Giménez “le he dado una prueba de buena voluntad, con la autorización de Cuadernos para el Diálogo” (Fraga, 1976: 108). Posteriormente, el ministro de Información advertía no estar de acuerdo con la nueva línea de la revista (Fraga, 1976: 108-109), e incluso mostró su arrepentimiento por aprobar su circulación. Para otros se trató de una estrategia del Ministerio para conocer los nombres de quienes “osaban embarcarse en tamaña aventura y en su día, proceder en consecuencia con semejantes traidores” (Areilza, 1988: 32).

Sus promotores no disponían casi ni de capital ni de infraestructura por lo que tuvo que hacerse cargo de la distribución la Editorial Ediciones Iberoamericanas, de la que Ruiz-Giménez era presidente. El proyecto en sí no era caro. “Una revista mensual, sin apenas plantilla, diagramación elemental y retribuciones poco más que simbólicas a los colaboradores” (Alfárez, 1986: 90). Para el diseño les sirvió de inspiración una revista francesa de los dominicos llamada El signo de los tiempos, en la que el texto comenzaba ya en la portada, peculiaridad que imitaron para aprovechar al máximo las 36 páginas de extensión. El papel, de excelente calidad, le otorgaba cierta distinción aunque encarecía el producto. En los primeros números tanto las ilustraciones como los anuncios fueron inexistentes. Posteriormente, incluyeron ilustraciones y humor gráfico, con Layus como principal exponente pero con colaboraciones de Máximo, Forges, Peridis, Chumy Chúmez, Ops, Nuria Pompeia, Summers, entre otros, e incluso las fotografías ocuparon las portadas de algunos números. No recurrieron a la publicidad como fuente de financiación hasta abril de 1968 porque siempre “hubo un gran poder a explotar publicitariamente la revista”

(Martínez Alés y Gómez Navarro, 1997: 161-162), aunque éste disminuyó con el tiempo.

3. Comienza el diálogo

La única tendencia permitida era aspirar a la democracia como meta

La naturaleza, orientación y objetivos fundacionales de la revista quedaron patentes en el editorial "Razón de Ser" del primer número, escrito en Palamós en el verano de 1963 por Ruiz-Giménez. Supuso una ideologización del diálogo y una revelación de intenciones.

"Nacen estos sencillos Cuadernos para el Diálogo con el honrado propósito de facilitar la comunicación de ideas y de sentimientos entre hombres de distintas generaciones, creencias y actitudes vitales, en torno a las concretas realidades y a los incitantes problemas religiosos, culturales, económicos, sociales, políticos... de nuestra cambiante coyuntura histórica [...] (Ruiz-Giménez, 1963: 1-2).

Y, aunque evidenciaba una clara intencionalidad política, no se sentían portavoces de una ideología en concreto al negarse "a ser coto patrimonial de un grupo y, más aún, trinchera de un club ideológico o de una bandería de presión [...]". La única tendencia permitida era la de aspirar a la democracia como meta y "sólo tres cualidades exigían "para lograr presencia activa en estas páginas: un mutuo respeto personal, una alerta sensibilidad para todos los valores que dan sentido y nobleza a la vida humana, y un común afán de construir un mundo más libre, más solidario y más justo".

Una plataforma de expresión abierta "a todos los hombres de buena voluntad, hállese donde se hallen y vengan de donde vinieran, más atentos al fin de la marcha colectiva que al punto de procedencia".

Cuadernos actuó como vehículo de expresión de nuevas corrientes de opinión divergentes, desde el mundo obrero a la juventud, que dieron la pauta de algo irreversible que ya no pudo detenerse. No nació como un instrumento de diálogo con el poder, sino con la opinión pública ya que acariciaban la "posibilidad de edificar entre todos –no por imposición violenta, sino por libre y fraterno diálogo –una morada colectiva, íntegramente humana".

Lo que realmente prevaleció como propósito fundacional del mensual fue el respeto a los derechos humanos en el contexto de una "religiosidad sincera" (Díaz, 1983: 116), por encima de toda discrepancia, lógica por otra parte, teniendo en cuenta el pluralismo ideológico del Consejo de Redacción. Quizás este carácter plural de sus miembros y colaboradores fue uno de los mayores logros de la revista. Una pieza clave "para esa movilización social y política, que impregnó la sociedad española y que fue decisiva para la democracia en nuestro país" (Díaz, 1997: 91). En este foro se formó la nueva generación democrática, los protagonistas de la Transición en España, con el debate abierto como método de trabajo y como arma del terreno del pensamiento. En definitiva, una "escuela teórico práctica" (Alzaga, 1997: 186) de la que aprendieron todos sus lectores.

El núcleo inicial y, fundamentalmente, Ruiz-Giménez, se encontraba muy determinado por la evolución del catolicismo en aquellos años. La revista fue fundada en el clima de renovación religiosa provocado por el Concilio Vaticano II, la Encíclica *Pacem in Terris* de 11 de abril de 1963, y por la influencia del Papa Juan XXIII. Por ello, y esto es palpable en los primeros números, Cuadernos era con-

El núcleo inicial se encontraba muy determinado por la evolución del catolicismo

siderada una revista casi confesional, y democrata cristiana, aunque renovadora y progresista. En un plano no tan espiritual, el apoyo en la doctrina católica les sirvió como coartada para la defensa de principios democráticos. La teoría política de las Encíclicas papales era la unidad de medida

El apoyo en la doctrina católica les sirvió como coartada para la defensa de la democracia

a la que recurrían para denunciar las desigualdades en la estructura política y sociedad españolas. Pero, ante las continuas acusaciones de recurrir a textos pontificios para "buscar en ellos coartada y escudo" decidieron no invocarlos. "Y ya es significativo –dicho sea entre paréntesis – que ese tipo de reproches se nos dirijan por quienes hacen todo lo posible por uncir a la Iglesia a sus realizaciones políticas" (Ruiz-Giménez, junio 1965: 1-2). El general Franco, cuando su primo Francisco Franco Salgado-Araujo le hizo entrega del primer número de la revista que ya conocía por "referencia", comentó que "el S.S. el Papa Juan XXIII no quiso defender la libertad como la interpretan Ruiz-Giménez y otros políticos". Para el Caudillo, "todos los enemigos del Régimen español hablan de la Encíclica *Pacem in Terris* [...] que se emplea como arma agresiva, atribuyendo a este pontífice intenciones que no tenía, y suponiendo que pensaba en España al redactar tan interesante documento" (Franco Salgado-Araujo, 1976: 398 y 404).

No era una revista popular, en el amplio sentido de la palabra, lo que quedó de manifiesto no sólo en el precio sino también en el contenido. De hecho, una de las deficiencias que le achacaron a Cuadernos fue el estar dirigido en exceso a lectores familiarizados con la terminología jurídica. Su audiencia se nutrió especialmente de hombres de letras, políticos de la oposición moderada, sacerdotes influidos por el ambiente del Concilio y estudiantes

universitarios. Algunos artículos, sobre todo especializados, estaban escritos sin ligereza, con un lenguaje tan técnico que se convertían en verdaderos "ladrillos económicos y jurídicos en los que realmente la revista alcanzó las más doctas cotas" (Castellano, 1988: 42). No en vano, era una revista hecha por universitarios o profesionales formados en la Universidad, y además dirigida por un ex ministro de Educación Nacional.

Las coordenadas ideológicas aparecían muy bien definidas pero sometidas a unos condicionamientos impuestos por la propia naturaleza del sistema que, todo hay que decirlo, eran conocidos de antemano. Esto les llevó a asumir riesgos y a tomar posiciones previas ante realidades comprometidas. El fin era la batalla por la libertad política pero la literatura poco ágil de los juristas debía estar presente para salvar la censura y las limitaciones de tipo legal. En sus páginas se desarrolló una denuncia constante de las contradicciones del franquismo, dentro de los límites posibles. En toda la colección de la revista es casi imposible encontrar términos insultantes o excesivamente desgarrados, aunque sí realizó críticas muy duras en el fondo, porque así lo exigía la realidad del momento. Esto le acarreó numerosos secuestros de ejemplares, expedientes administrativos y sanciones varias. Estas persecuciones convirtieron a sus redactores en verdaderos maestros de la sugerencia. Sin embargo, posiblemente debido a la figura e influencia de su fundador en ciertos círculos franquistas, el mensual jamás sufrió ningún cierre debido a sanción administrativa, aunque sí la editorial. Además, el prestigio internacional de la revista también fue un salvoconducto frente a la represión. Los artículos de Cuadernos tenían amplia repercusión en medios internacionales como

Las persecuciones convirtieron a sus redactores verdaderos maestros de la sugerencia

Le Monde o The New York Times.

4. Evolución interna y laicización temática

- Cuadernos bajo la influencia del aggiornamento cristiano (1963-1966)

Esta primera etapa de Cuadernos para el Diálogo estuvo caracterizada por la dificultad de sostener este proyecto de diálogo. Colaboraban de manera entusiasta jóvenes universitarios, profesionales liberales y figuras importantes del sector conciliar de la Iglesia, pero de los núcleos moderados del sistema franquista no sólo no consiguieron compromisos estables sino que “costaba un enorme esfuerzo obtener unas cuartillas por breves y desvaídas que éstas fueran” (Alzaga, 1988: 30-31). Algunos de los que participaron se excusaron y se retiraron, declinando las invitaciones para participar en encuestas y mesas redondas. Por lo que respecta al núcleo duro del régimen pronto reaccionó con ataques verbales cada vez de mayor ímpetu e, incluso, con amenazas anónimas a la redacción.

Otro problema fue el empeño de algunos de hacer de Cuadernos el trampolín y plataforma política de su director. El diario Arriba, el periódico falangista más destacado de la Prensa del Movimiento, publicó un artículo en el que calificaba al director de Cuadernos de poco serio por “cambiar la casaca de la mañana a la noche, en un tira y afloja entre picaresco y doctrinal que nos impide situar con mediana seguridad de paralelos y meridianos, a más de un sujeto, en la límpida atmósfera de la política española [...]” (Arriba, noviembre 1963: 2). Mientras en el extranjero lo veían como el responsable de una revista liberal, en el interior aparecía como aspirante a la Democracia-Cristiana y el mensual como

órgano oficial de su proyecto de partido (Marzo, octubre 1964), lo que desconcertaba a demócrata-cristianos de dentro y de fuera.

Cuadernos se presentaba como progresista para los que pensaban en términos de Iglesia y Teología; para los que veían con nostalgia el pasado era democristiano; para los que se preocupaban por el pensamiento y la cultura, liberal, y para los partidarios del régimen era la plataforma política de su fundador³. Según el punto de vista podía significar continuismo y relevo; cambio y permanencia; diálogo exterior y monólogo interior. Esta primera etapa del mensual fue una época de búsqueda y tanteo, con valor y esperanza, aunque no exenta de inseguridades y miedos al carecer de un modelo en el que basarse y ser pionera en la exploración de nuevos caminos, por ejemplo, el diálogo católico-marxista. Por ello, Cuadernos resultaba un tanto teorizante y doctrinal, formuladora de principios más que denunciadora de realidades, inmersa y preocupada más en la teoría que en la praxis. “A medias revista de derecho político y a medias revista de problemática religiosa” (Ruiz-Gisbert, febrero 1968: 9), aunque, sin duda, una de las voces de una España entonces casi muda⁴.

La aparición de Cuadernos no sólo repercutió en el ámbito nacional, sino que ocupó espacio en la prensa internacional. Medios de gran relevancia como el diario Le Monde o la emisora Radio París comentaron su aparición. En julio de 1964 la revista amplió sus actividades y publicó su primer número extraordinario dedicado a la figura del Papa Juan XXIII, al cumplirse el primer aniversario de su muerte. EDICUSA, la editorial de Cuadernos, publicó en diciembre de 1965 su primer libro Moral y

Cuadernos resultaba un tanto teorizante y doctrinal

Sociedad. La moral española en el siglo XIX de José Luis López Aranguren, que supuso el comienzo de una amplia colección bibliográfica. En abril de 1968 se materializó el proyecto de sacar a la calle ‘Los

Suplementos’, excelente colección de ensayos que nació como complemento al mensual y a los números extraordinarios. El primero fue un libro colectivo titulado Mesa redonda sobre el ateísmo. Además, con el grupo de editores de Barral, Edicions 62, Tusquets, Laia, Estela, Lumen, Fontanella, Península, Edhasa, y Anagrama, participó en la Colección Ediciones de Bolsillo, a través de la empresa Distribuciones de Enlace.

- Una nueva frontera expresiva: entre la esperanza y la decepción (1966-1969)

En marzo de 1966 comenzó una segunda fase de la revista caracterizada, entre otras razones, por nueva situación jurídica derivada de la promulgación de la Ley de Prensa e Imprenta. Ésta, aunque admitía el secuestro de números, declaraba la desaparición de la censura previa. La euforia inicial desatada tras la desaparición de la censura permitió que en los editoriales se aclarasen posturas en el ámbito de la política y en otros órdenes ideológicos. Durante los primeros meses de la ley se explotaron al máximo las posibilidades reales de diálogo. La finalidad era la misma que en 1963 aunque los postulados ya no eran de carácter conceptual y, poco a poco, se abandonaban actitudes “posibilistas” (Díaz, 1983: 120). Temas tan candentes como la urgencia de una oposición política (“La oposición como servicio público”), el derecho a la huelga (“La huelga puede no ser ilícita”), el acercamiento

político a los países con regímenes comunistas (“Apertura hacia el Este), la libertad religiosa (“Iglesia libre en el Estado libre”), los nacionalismos (“Realidad de Cataluña”) o la celebración de elecciones libres (“Ejercicio y renovación de la autoridad”), se formularon sin apenas cortapisas, aunque todavía se utilizaban ciertas cautelas como la recomendación de actuar dentro de los márgenes de una ‘libertad responsable’ en respuesta a las arbitrariedades de la ley. Si en la primera etapa Cuadernos estaba enmarcada dentro de la teoría, a partir de estos números consiguió lanzarse de lleno en la praxis.

- Del humanismo católico al compromiso político: actitud abierta de oposición (1969-1973)

Paralelamente a la regresión política motivada por el estado de excepción de 1969, por el que fueron deportados colaboradores de la revista como Gregorio Peces-Barba, Oscar Alzaga, Elías Díaz, Rafael Jiménez de Parga, Roberto Mesa o Raúl Morodo entre otros, algunos de los miembros del mensual radicalizaron ideológicamente sus posturas que pronto derivaron hacia el socialismo. En 1969 esta tendencia era mayoritaria en el Consejo de Administración y en la Junta de Fundadores. Una afirmación avalada con nombres como Elías Díaz, Gregorio Peces-Barba, Leopoldo Torres Boursault, José Luis García Delgado o Santiago Roldán. El giro dado por la revista repercutió en la pérdida de su orientación e inspiración inicial cristiana. Supuso el final del proceso de secularización manifestado en una patente laicización temática.

- Giro de orientación ideológica y es-

El giro de la revista repercutió en su orientación

cisión del grupo fundador (1973-1976)

En septiembre de 1973, con la publicación de un polémico número sobre el golpe de Estado de Pinochet en Chile, parte del grupo fundador abandonó la revista. En el fondo se trataba de una pugna interna entre las dos tendencias predominantes para posicionar ideológicamente a Cuadernos. El temor de los miembros demócrata-cristianos se explicaba por el giro padecido por una parte de sus fundadores hacia el socialismo histórico, concretamente hacia el PSOE. A pesar de las actuaciones políticas del fundador del mensual en el pasado y su imagen pública al frente de Izquierda Democrática y de que Cuadernos no fue nunca exclusivamente demócratacristiana ni estrictamente socialista, esta última postura predominaba en el Consejo de Redacción. Los enfrentamientos y las ásperas controversias entre ambos grupos se convirtieron en uno de los momentos más delicados de toda la trayectoria del mensual. El sentido de la ecuanimidad de Ruiz-Giménez no pudo evitar que abandonasen la revista los miembros en desacuerdo con la nueva línea ideológica: Óscar Alzaga, Eduardo Cierco, Gregorio Marañón Beltrán de Lis, Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona y José Juan Toharia Cortés.

De la nueva línea de Cuadernos realizó una síntesis Gregorio Peces-Barba en su sección "Acotaciones Ingenuas" publicada en diciembre de 1973 en el número extraordinario XXXVIII. Para este autor, los cambios suponían una maduración tanto por "la toma de conciencia de la realidad de quienes la realizamos, como por la respuesta a nuestras pretensiones de otros sectores ajenos a nuestro proyecto". Frente a "la ingenuidad del Cuadernos inicial que pretendía ser plataforma de diálogo para todos desde una perspectiva de-

mocrática y pluralista, poco a poco nos fuimos convirtiendo en una revista democrática, de inspiración humanista y espiritual, crítica y de mentalidad socialista [...]". Este proceso, que calificaba de "evolución homogénea", no suponía para él ninguna ruptura ya que todos los que se fueron lo hicieron "por su propia voluntad" al no ser capaces de asumir "el compromiso de una marcha realizada para ser fieles al análisis de la realidad y a nuestros propósitos fundacionales" (Peces-Barba, diciembre 1973: 24)⁵.

Sin embargo, estas acotaciones "menos ingenuas de lo que su título indica" despertaron la respuesta de Alzaga, Cierco, Beltrán de Lis, Ortega Díaz-Ambrona y Toharia. En una carta conjunta, adjudicaban una adscripción socialista a la revista; no les parecía lícito hablar de "maduración de finalidades sino de auténtica corrección de objetivos", "con abandono indiscutible de ciertos puntos de vista iniciales que quedaron plasmados en la 'Razón de Ser'. Conviene dejar constancia de que lo que empezó siendo una revista en la que confluían diversos sectores ideológicos ha pasado a ser básicamente la representación de uno sólo de ellos". Su salida supuso para la revista una gran quiebra interna pero Cuadernos se mantuvo a pesar de todo.

- Cuadernos semanal: el principio del fin

Tras la muerte de Franco en noviembre de 1975, el país se encontraba en expectativa de cambio. Al lento desarrollo de un Gobierno dictatorial se sucedían nuevas realidades que imponían un ritmo histórico diferente. Los medios de comunicación fueron uno de los sectores más afectados por este nuevo despertar. En la revista se enfrentaban al deseo de querer

atender los acontecimientos más recientes y ver cómo los hechos se alejaban en una sucesión vertiginosa. Las limitaciones de su periodicidad mensual les obligaban a distanciarse de los hechos e imposibilitaban un seguimiento riguroso y completo. En esas condiciones difícilmente podían enfrentarse sin desfases a una actualidad tan trepidante.

Era necesario contar con una estructura económica en condiciones

En los últimos meses de 1975 y primeros de 1976, los órganos de decisión de EDICUSA, después de estudiar si lanzar un nuevo semanario manteniendo la revista mensual o reconvertir el mensual en semanario, apostaron por esta última alternativa. Esta decisión provocó una fuerte discrepancia en el Consejo de Administración ya que muchos de sus miembros consideraban que la revista cambiaría su identidad, además de la elevada cantidad de capital necesaria y el consiguiente riesgo de pérdidas, algo que ya se había manifestado en la edición de determinados libros. Cuadernos tendría que soportar un peso económico mucho mayor. Durante años, la única financiación económica del mensual fue la aportada por los propios lectores y por los fundadores y la recaudada a través de los ingresos de una mínima publicidad. Ahora era necesario contar con una estructura económica en condiciones para convertir a la revista en una empresa solvente capaz de obtener los fondos para su desarrollo. No compartieron esta decisión José María Riza, que dejó de ser consejero-delegado, y el director del mensual, Félix Santos. El cambio fue considerado por algunos como una osadía empresarial, sobre todo, teniendo en cuenta el auge de la prensa de talante democrático del momento. La aparición el 4 de mayo de ese mismo año de El País, de corte ideológico similar a Cuadernos semanal, y el 18 de octubre de

Diario 16, una de las cabeceras emblemáticas de la Transición, fue una desmesurada competencia.

El mensual desapareció tras publicar 150 números y 50 extraordinarios, ya que éstos también dejaron de editarse. El semanario salió a la calle el 18 de marzo de 1976⁶ con una periodicidad mucho más permeable al vertiginoso proceso que suponía el entramado histórico y social de la transición.

Ensayo versus noticia

El semanario, aunque constituya la segunda parte de Cuadernos, también puede estudiarse como una publicación independiente por varias razones: la total variación de la línea ideológica con respecto a la 'Razón de Ser', la implantación del estilo periodístico en vez del género ensayístico, la desaparición de los característicos editoriales de cada número sustituidos por un solo artículo de opinión y por los cambios, en general, tanto en la periodicidad, como en las secciones, en la maquetación o en la configuración externa, que conservaba solamente en relación con el mensual la cabecera; por cierto, tipográficamente también modificada, ya que en el semanal la palabra Cuadernos prevalecía sobre el resto.

Con el semanario comenzó la decadencia de Cuadernos, aunque no debido a la profesionalidad de sus miembros. En palabras de su nuevo director, Pedro Altares, contó con "la redacción más brillante que ha habido nunca en una publicación española", con nombres como Eduardo Barrenechea, subdirector, José Luis Pérez Cebrián, redactor jefe, Rafael Arias-Salgado, Eugenio Nasarre, Gregorio Peces-Barba, delegados para Redacción, Ángel García

*Pedro Altares
contó con
"la redacción
más brillante
que ha habido
nunca en una
publicación
española"*

Pintado, José Antonio Gabriel y Galán, Vicente Verdú, Luis Carandell, Joaquín Estefanía, Soledad Gallego, Jesús Prieto, Víctor Martínez-Conde o Miguel Bilbao. Y colaboradores como Leopoldo Torres Boursault, José María Gil-Robles y Gil-Delgado, Pablo Castellano, Jaime Gil-Robles y Gil-Delgado, Enrique Bustamante Miquel Roca, Manuel Jiménez de Parga, Julián Guimón, Jorge de Esteban, Tomás de la Quadra Salcedo, Enrique Gimbernat, José María Mohedano Fuertes, Juan María Bandrés, José Juan Toharia, Enrique Barón, Alfonso Carlos Comín, Julián Ariza, Miguel Sánchez Mazas, Miguel Boyer, José Luis García delgado, Santiago Roldán, F. Fernández Ordoñez, Manuel Gala, J. García Valverde, Mariano Aguilar Navarro, Roberto Mesa, Emilio Menéndez del Valle, Javier Rupérez, Amando de Miguel, José Félix Tezanos, Ramón Tamames, Antonio Marzal o Elías Díaz, y otros que componían una lista casi interminable.

Un equipo que, consciente de que no era la fase óptima de Cuadernos, y “aún sabiendo que era un barco que se iba a pique”⁷, aguantó con dedicación hasta el último día. Entre todos asumieron el reto de esta nueva revista, con expectativa de continuidad y con una cita con los lectores más ágil y frecuente. La línea editorial continuó basándose en el espíritu democrático y la convergencia ideológica de su nacimiento, pero con un estilo más combativo y periodístico que el de antaño, en detrimento del tono profesoral y docto de los artículos y el carácter, en cierta medida, intemporal del mensual. La revista ganó en agilidad pero perdió su capacidad de análisis. Por este motivo, no faltaron las tensiones con los políticos fundadores de Cuadernos. Además, la propia dinámica del semanario, al tener que tomar decisio-

nes cotidianamente, hizo que aquellos no pudiesen seguir la vida diaria de la revista, cuyo rumbo era ya labor del director y de la redacción. A partir de 1978 Rafael Arias-Salgado, Eugenio Nasarre y Gregorio Peces-Barba dejaron de ser delegados para la Redacción.

Los editoriales, santo y seña del mensual, perdieron su papel preponderante, y pasaron de una media de siete u ocho a uno (o dos excepcionalmente) situado al inicio de cada número. El resto del contenido lo integraban entrevistas, reportajes, mesas redondas, encuestas y artículos de opinión de redactores y colaboradores. Las diferencias se plasmaron físicamente también en el formato de la revista, bastante similar al de Le Nouvel Observateur francés. Las fotografías aligeraron sus páginas, que en esta época se imprimían en papel satinado, lo que le acercaba más al prototipo de una revista tradicional.

Lo único que no varió fue la defensa clara e incondicional de la democracia como sistema político, objetivo irrenunciable de todos sus miembros. Aunque, si bien en el mensual las posibilidades del debate se centraban en un cambio político democrático sin traumas, en el semanario predominaron las posturas rupturistas, traducidas en una elección de puntos de vista más agresivos, sin posibilidad de medias tintas. El 1 de julio de 1976 Arias Navarro, desbordado por las presiones de los ‘ultras’, por un lado, y por los deseos reformistas, por otro, entregó al Rey, según la versión oficial, su dimisión. En realidad fue el propio Rey quien instó al presidente a abandonar su cargo. Ante el vacío presidencial la preocupación de don Juan Carlos era la elección de un candidato. Cuadernos apostó abiertamente por José María de Areilza, ya que

*Las
diferencias
se plasmaron
físicamente
en el formato
de la revista*

dudaban del pasado azul de Adolfo Suárez. Después de numerosas conjeturas y rumores, el 3 de julio el país recibió una de las sorpresas más relevantes de la Transición. Don Juan Carlos nombraba como presidente del Gobierno a Suárez.

Cuatro días después se hizo pública la formación del nuevo Gobierno, el segundo de la Monarquía.

*La reforma
no obtuvo
el apoyo de
Cuadernos*

La reacción del semanario se plasmó en un número emblemático que muchos de sus miembros calificaron como el mayor error político en la historia de la revista. La portada estaba totalmente cubierta de negro con la fotografía de carné de Suárez con la camisa azul. El titular “El apagón” en grandes letras de molde era por sí solo significativo. En el interior un editorial calificaba dicha designación como un “error” (Editorial, julio 1976: 14). Esta situación les hizo reafirmarse en la tesis de la ruptura pactada como única vía para traer la democracia.

A finales de verano el Gobierno anunció el inicio de la redacción de la Ley de la Reforma Política. Desde las páginas de la revista se hizo un llamamiento a la abstención en el referéndum pero el 15 de diciembre la Ley fue refrendada por un 94% de los votos. La Ley de Reforma Política fue una maniobra de Suárez aprobada por las Cortes Orgánicas vigentes que hizo posible la convocatoria a las elecciones constituyentes y el posterior restablecimiento de todas las libertades democráticas. Algo que el semanario no supo ver en ese momento. La reforma no obtuvo el apoyo de Cuadernos, a pesar de que la revista había luchado durante doce años para crear un clima de comprensión y de concordia. El 24 de mayo el Gobierno señaló el inicio de la campaña electoral, previa a la celebración de las primeras elecciones democráticas en nuestro país desde la guerra civil, fijadas para el 15 de


junio de 1977. La cita en las urnas dio la victoria a UCD con un 31% de los votos. El PSOE obtuvo un 28%, el PCE-PSUC, un 9'4% y AP, un 8'4%. La Izquierda Democrática de Ruiz-Giménez no consiguió ningún escaño y pronto desapareció. No dejaba de constituir una notable paradoja que el hombre responsable de educar a una buena parte de la generación que en España hizo posible la democracia nunca gozara del favor popular para ocupar un escaño de diputado en las Cortes elegidas a partir de 1977.

Como ya hemos señalado, poco antes de su desaparición, Cuadernos fue objeto de una gran polémica al publicar el borrador de la Constitución. En el número 239, correspondiente a la semana del 29 de noviembre, fueron reproducidos los 39 primeros artículos de la Carta Magna. Muchos lo consideraron una maniobra política.

El semanario se enfrentaba a serios problemas económicos, principales indicadores de su declive. La Sociedad continuaba financiada por un accionariado plural, integrado por más de 3.000 personas, y poseía un capital de 63 millones de pesetas, insuficientes para hacer frente a los gastos de producción y a las deudas contraídas. Los intentos de financiación partidaria fracasaron y las iniciativas de particulares no encontraron el apoyo suficiente. Incluso, Javier Sauquillo organizó un mitin en la calle Cadarso al grito de “¡Salvemos Cuadernos para el Diálogo!”. Pero la opinión pública ya no compraba la revista. Otros medios de comunicación, como El País, se hicieron eco de esta imponente llamada de auxilio. Pero la losa de las letras y los créditos precipitaron su final. Todo terminó el día 16 de octubre de 1978, un lunes gris en el chalet del residencial barrio madrileño.

*El semanario
se enfrentaba
a serios
problemas
económicos*

Cuadernos para el Diálogo nació para abrirle camino a la libertad, “una especie de Juan Bautista de la democracia mental española”, como la definió su fundador. Pero las circunstancias reales de la España democrática de 1978 no eran las de 1963 y, por lo tanto, consideraron que era el momento de retirar la revista de la vida pública.

En el número 285, Pedro Altares, con un aséptico editorial titulado “Gracias”, dijo adiós a 15 años de aventura periodística, humana y de lucha por la democracia. Dos meses después del cierre de la revista, la Constitución fue aprobada en referéndum. El día 27, el Rey promulgó el texto fundamental del nuevo régimen democrático. 

La intrahistoria de un revista democrática en la última década del franquismo

Elena Pedreira Souto

Bibliografía

ALFÉREZ, Antonio (1986): Cuarto Poder en España. La Prensa desde la Ley Fraga, Barcelona, Plaza y Janés.

AREILZA, José M^o de (1988): “Un aldabonazo”, en Cuadernos para el Diálogo. 1963-1988. 25 aniversario, Madrid, Asociación de la Prensa, p. 32.

ALZAGA VILLAAMIL, Óscar (1988): “Evolución política e ideológica”, en Cuadernos para el Diálogo. 1963-1988. 25 aniversario, Madrid, Asociación de la Prensa, pp. 30-31.

ALZAGA VILLAAMIL, Óscar (1997): “Don Joaquín y Cuadernos ante la Transición”, en VVAA: La fuerza del diálogo. Homenaje a Joaquín Ruiz-Giménez, Madrid, Alianza, pp. 183-187.

CASTELLANO, Pablo (1988): “Para que la distancia no sea olvido”, Cuadernos para el Diálogo. 1963-1988. 25 aniversario, Madrid, Asociación de la Prensa, p. 42.

COLECCIÓN COMPLETA de Cuadernos para el Diálogo (1963-1978).

DÍAZ, Elías (1983): El pensamiento español en la era de Franco (1939-1975), Madrid, Tecnos.

DÍAZ, Elías (1997): “A pesar del iusnaturalismo”, en VVAA: La fuerza del diálogo. Homenaje a Joaquín Ruiz-Giménez, Madrid, Alianza, pp. 87-98.

FRAGA IRIBARNE, Manuel (1976): Memoria breve de una vida pública, Barcelona, Planeta.

FRANCO SALGADO-ARAUJO, Francisco (1976): Mis conversaciones privadas con Franco, Barcelona, Planeta.

MARTÍNEZ ALÉS, Rafael y GÓMEZ NAVARRO, Javier (1997): “Reflexiones Empresariales”, en VVAA: La fuerza del diálogo. Homenaje a Joaquín Ruiz-Giménez, Madrid, Alianza, pp. 159-163.

MIRALLES, Jaime (1997): “La apertura imposible” en VVAA: La fuerza del diálogo. Homenaje a Joaquín Ruiz-Giménez, Madrid, Alianza, p. 30.

PECES-BARBA, Gregorio (diciembre 1973): “Acotaciones ingenuas a diez años de Cuadernos”, Cuadernos para el Diálogo, n^o extraordinario XXXVIII, “Cambios sociales e inmovilismo”, p. 24.

RUIZ-GISBERT, Francisco José (febrero 1978): “Cuadernos hoy y ante el futuro”, en Cuadernos para el Diálogo, n^o extraordinario VII, “Comienzo de un camino: octubre 1963-diciembre 1967”, p. 9.

RUIZ-GIMÉNEZ, Joaquín (octubre 1963): “Razón de Ser”, Cuadernos para el Diálogo, n^o 1, pp. 1-2.

RUIZ-GIMÉNEZ, Joaquín (febrero 1968): “En el arranque del camino...”, en Cuadernos para el Diálogo, n^o extraordinario VII, “Comienzo de un camino: octubre 1963-diciembre 1967”, p. 5.

RUIZ-GIMÉNEZ, Joaquín (marzo 1976): “España en la encrucijada. Segunda meditación”, en Cuadernos para el Diálogo, 2^a época, n^o 151, pp. 36-38.

VVAA (1997): La fuerza del diálogo. Homenaje a Joaquín Ruiz-Giménez, Madrid, Alianza.

Entrevistas personales de la autora con Joaquín RUIZ-GIMÉNEZ mantenidas en Madrid, 3 de junio de 1998 y 4 de julio de 2001.

Notas al pie

1 Hay que puntualizar que el nacimiento del mensual estuvo íntimamente relacionado con la evolución interna de Ruiz-Giménez a quien el fracaso de su apertura desde dentro en su etapa como ministro de Franco (1951-1956), le llevó a separarse del poder y a adquirir paulatinamente “una clara actitud de oposición al régimen” (Miralles, 1977: 30).

2 Ya a finales de los años 50, el entonces embajador ante el Vaticano, ofreció una conferencia en el Instituto de Estudios Jurídicos en la que habló sobre el diálogo como base de la vida civil. La superación de las denominadas dos Españas era una idea clave del pensamiento de Ruiz-Giménez. No en vano para él, Cuadernos para el Diálogo significó “un acto de buena voluntad para superar la tragedia que supuso la guerra civil para España, voluntad para superar la confrontación. Una plataforma de encuentro pluridisciplinar y plurideológico que hiciera posible una paz en España, una transición pacífica hacia la democracia”. En entrevista personal con Ruiz-Giménez, 3 de julio de 1998, Madrid.

3 El subrayado es mío.

4 Aunque no era la única porque pronto empezaron a surgir otras voces discrepantes en la Universidad, continua fuente de conflictos con el poder; en el movimiento obrero, con el nacimiento de sindicatos clandestinos como Comisiones Obreras, o en nuevas publicaciones como Triunfo, Vida Nueva, El Ciervo, algunas de ellas muy polémicas con el régimen, como Serra D’or, de los monjes de Montserrat o JOC, de las Juventudes Obreras Católicas.

5 El subrayado es mío.

6 En la Junta General extraordinaria de la Asociación de la Prensa de Madrid celebrada el día 13 de febrero se acordó –por mayoría de votos democráticos– apoyar la huelga de periodistas, como protesta por el no reconocimiento del derecho de la regulación del secreto profesional y el procesamiento del periodista Rodrigo Vázquez de Prada por haberse negado a declarar las fuentes de una información publicada en Nuevo Diario, de la que era autor. Cuadernos se solidarizó con ese “día sin diarios. Una semana sin semanarios” y pospuso la difusión de su primer número semanal.

7 Declaraciones de Ruiz-Giménez a la autora, Madrid, 4 de julio de 2001.